

elige, para su limosna, esa guasita de niño muerto?

Bongrand, destrozado el corazón, indignado de tal negocio, agitó sus largos brazos:

—¡Yo! ¡inferir semejante injuria á un verdadero pintor! ¡tenga él un poco más de orgullo, ¡vive Dios! y déjese de mandar nada al Salón!

Entonces, siguiendo aún las risotadas, Fagerolles, deseoso de que fuese suya la victoria, decidióse, con aire arrogante, como quien no teme comprometerse:

—¡Bueno! ¡pues lo acepto por una limosna!

Gritaron ¡bravo!, hiciéronle una ovación burlesca, grandes saludos, apretones de manos. ¡Honra al héroe que tenía el valor de su convicción! Y un guardián llevó en sus brazos el pobre lienzo silbado, traqueteado, mancillado; y de esta suerte, el cuadro del pintor del *Aire libre* se vió, al fin, admitido por el Jurado!

La siguiente mañana, un billetito de Fagerolles participaba á Claudio que había logrado la admisión de *L'Enfant mort*, aunque no sin trabajos. Y Claudio, á pesar de la satisfactoria noticia, sintió oprimido el corazón por aquel laconismo y aquella benevolencia lastimosa, todo lo humillante que de cada palabra surgía! Por un momento, deploró su envío, la admisión, sintiendo tal vergüenza, que hubiera deseado volver á coger su obra y ocultarla. Después, embotada esta escrupulosidad, recayó en los desfallecimientos de su orgullo de artista, torturado por la prolongada esperanza del triunfo. ¡Ah! ¡ser visto, contemplado! ¡vencer al cabo y al fin! Y en sus postrimeras capitulaciones, empezó á anhelar la apertura del Salón, con la febril impaciencia de un debutante, sumido en un espejismo que le mostraba una muchedumbre, un mar de cabezas en crespándose y aclamando su lienzo.

Poco á poco iba decretando París como día de moda la víspera de la inauguración oficial del Salón, ese día concedido anteriormente á los pintores solos, para que diesen el último tocado á sus lienzos. Actualmente, era una primicia, una de esas solemnidades que ponen en movimiento á la metrópoli, arrastrándola á un aplastamiento de gentío. Desde una semana antes, la prensa, la calle, el público pertenecían á los artistas. Eran dueños de París; únicamente de ellos se trataba, de sus envíos, de sus gestos, de todo cuanto atañía á sus personas: uno de esos caprichos á manera de rayo, una de esas bogas cuya energía levanta empedrados, bandadas de campesinos, reclutas y niñeras, empujados los días gratuitos á través de las salas, hasta la cifra aterradora de cincuenta mil visitantes, en determinados domingos, todo un ejército, los batallones de retaguardia del ínfimo pueblo, ignorante, siguiendo al mundo, desfilando con ojos embobados ante aquel inmenso bazar de imágenes!

Al principio, Claudio le tuvo miedo á ese famoso día de la víspera, intimidado por el agolpamiento del gran mundo, resuelto á esperar el día más democrático de la verdadera inauguración. Hasta se negó á acompañar á Sandoz. Luego apoderóse de él una fiebre tal, que después de haber resistido hasta las nueve, partió bruscamente, tomándose apenas tiempo de comer un bocado de pan y queso. Cristina, que no se sentía con ánimo de ir con él, le llamó y le dió un nuevo abrazo, conmovida, inquieta:

—Sobre todo, querido, no te des mala sangre, ¡suceda lo que quiera!

Claudio sintióse algo sofocado al entrar en el Salón de honor, laténdole violento el corazón á consecuencia de la rapidez con que había subido la escalera principal. En el exterior, brillaba lím-



pido el cielo de mayo; el velo de lienzo, tendido bajo los cristales del techo, tamizaba el sol en viva luz blanca; y por las puertas vecinas, abiertas á la galería del jardín, penetraban húmedos soplos que hacían tiritar de frío.

El, sin embargo, recobró aliento, en aquella atmósfera que se condensaba ya, conservando vago olor de barniz, entre el almizcle discreto de las mujeres.

Recorrió de una ojeada los cuadros de las paredes: una escena de degüello chorreando rojo, un colosal y pálido lienzo religioso á la izquierda, una obra por encargo del Estado, vulgar ilustración de una fiesta oficial, á la derecha; luego, seguían retratos, paisajes, interiores, que resaltaban con agrias notas, entre el oro demasiado llamante de los marcos. Pero el miedo que le daba el famoso público de aquella solemnidad, le llevó á contemplar á la multitud que poco á poco iba engrosando. El taburete circular, colocado en el centro, entre un haz de verdes plantas, estaba sólo ocupado por tres señoras, tres monstruos, pésimamente vestidas é instaladas y dispuestas para disfrutar de un día de murmuraciones. Oyó á su espalda una voz áspera mascando las sílabas: era un inglés con un levitón á cuadros, que explicaba la degollina á una mujer amarillenta embutida en un guarda-polvo de viaje. Estaban vacíos los espacios, se formaban algunos grupos, luego se desgranaban, iban á formarse más lejos; todos levantaban la cabeza, los hombres iban con bastones y paraguas, con el sobretodo al brazo; las mujeres andaban sin hacer ruido, se detenían, mostraban vagos escorzos; y su mirada de pintor se fijaba principalmente en las flores de los sombreros de tonos subidos, entre las vagas sombras de los más altos de seda negra. Vió algunos curas, soldados rasos que habían ido á parar allí no

se sabe cómo, algunas familias, larga cola de niñas con sus madres. Comprendía, con todo, que muchos se conocían; á cada oleada de gente que llegaba, se cruzaban sonrisas, señas y saludos, y á veces rápidos apretones de manos al pasar. Pero seguían hablando en voz baja, discretamente; velaba el rumor de las conversaciones el continuo rumor de las pisadas.

Entonces Claudio se dedicó á buscar su cuadro. Trató de orientarse por medio de las letras, se equivocó, se metió por las salas de la izquierda. Todas las puertas estaban unas frente á otras: profunda perspectiva de colgaduras de viejos tapices, con ángulos de cuadros entrevistos. Se llegó hasta la gran sala del Oeste, y volvió por la otra crujía, sin encontrar su letra. Cuando estuvo en el Salón de honor, pudo observar que había crecido rápidamente el concurso, de modo que ya se empezaba á no poder discurrir por allí. Esta vez vió algunos pintores, el pueblo de los pintores que no podía rebullirse en su propia casa, y que obsequiaba á las visitas: uno, sobre todo, un antiguo amigo del taller Boutin, joven devorado de ambición de publicidad, aspirante á la medalla, cogiendo por el brazo á los visitantes de alguna influencia y trayéndolos á ver sus cuadros á viva fuerza; luego, el pintor, rico, célebre, que recibía delante de su obra, con la sonrisa en los labios, tratando de ponerse en evidencia, galanteando á las señoras que formaban su corte siempre renovada; luego, los otros, los rivales á quienes se odia, elogiándose á gritos; los hurtaños acechando desde la puerta el éxito de sus compañeros; los tímidos, á quienes ni por todo un mundo se les haría pasar por su sala; los guasones, disfrazando su derrota con un chiste; los sinceros, absortos, tratando de comprender, distribuyendo ya los premios. Había también las



familias de los pintores: una joven encantadora, con un niño vestidito con gran coquetería, una burguesa de ásperos modales, flacucha, llevando á cada lado dos niñas, crecidas harto rápidamente, vestidas de negro; una madre gruesa, sentada de lado sobre una banquetta, con una caterva de chiquillos mocosos; una jamona, bien parecida todavía, una madre de cuarenta y cinco años que, con su hija, ya mayorcita, estaba observando pasar á una mujerzuela, la querida del padre, ambas en autos, muy tranquilas y sonriéndose mutuamente, con sonrisa de inteligencia; había además las modelos, mujeres que se tiraban del brazo para enseñarse unas á otras las carnes que figuraban desnudas en los cuadros; éstas hablaban alto, iban mal prendidas, echaban á perder con malos vestidos sus soberbias formas, de tal modo, que parecían jorobadas junto á aquellas muñecas elegantes, aquellas parisienses de las que nada quedaría al desfendarlas.

Cuando hubo podido salir de entre las apreturas, Claudio enfiló las puertas de la derecha. Su letra se hallaba en aquel lado. Visitó las salas marcadas con una L, y nada encontró. Tal vez su cuadro, extraviado, confundido, servía para llenar un vacío en otro lugar. Entonces, llegado á la gran sala del Este, recorrió las otras salitas, deshaciendo lo andado por aquella otra galería más apartada y menos frecuentada, donde parece que los cuadros se oscurecen de fastidio, y que es el terror de los pintores. Tampoco allí pudo dar con el suyo. Pasmado, desesperado, errante, salió á la galería del jardín, y continuó buscando entrea quel excedente de cuadros que desbordaba al exterior, pálidos y estremecidos á la cruda luz de fuera; luego, después de haber corrido todavía más lejos, volvió á dar con el Salón de honor, donde la gente se aplastaba entre apretones. El

París célebre, rico, adorado, cuanto mete ruido, el talento, el millón, la gracia, los primeros novelistas, los primeros dramaturgos, los primeros periodistas, los distinguidos del casino, de las carreras, de la bolsa, las mujeres de todas jerarquías, prostitutas, actrices, cortesanas, juntas, reclamando la atención, subían como una marejada siempre creciente; y colérico como estaba con sus vanas pesquisas, le asombró lo vulgar de todos aquellos rostros, vistos así en masa, lo extravagante del tocado, alguno elegante por ciento comunes, la falta de majestad de todo aquel mundo observado de cerca, y tan poco imponente, que su miedo se convertía en hondo desdén. ¿Estos eran los que iban á silbar su cuadro, si le encontraban? Dos *reporters*, bajitos y rubios, estaban completando una lista de personas que debían citarse. Un crítico fingía tomar notas en las márgenes de su catálogo; otro daba lección, entre un grupo de debutantes; otro, con las manos en la espalda, solo, plantado delante de una obra, la abrumaba con su augusta impasibilidad. Lo que llamaba sobre todo su atención era aquel empujarse como un rebaño, aquella curiosidad en pandilla, sin juventud, ni pasión, lo agrio de las voces, la fatiga de los rostros, cierto porte de sufrimiento de mal carácter. La envidia estaba ya con las manos en la masa: el caballero que saca á relucir su ingenio con las damas; el que, sin decir palabra, mira y luego se encoge terriblemente de hombros; los dos de pareja que están un cuarto de hora dándose codo con codo, apoyados junto á la barandilla, con la nariz pegada á un cuadrito, murmurando por lo bajo, con torvas miradas de conspiradores.

En esto, pareció por allí Fagerolles; y en el flujo y reflujo de los grupos, parecía no haber otro sino él, tendiendo la mano y repartiendo



apretones, dejándose ver en todas partes á la vez, en su calidad de joven maestro y de miembro influente del Jurado. Iba abrumado de elogios, de gracias, de reclamaciones; y para todos tenía una respuesta, sin perder un punto su amabilidad. Desde por la mañana, soportaba el asalto de los pintorcillos de su clientela, que se decían mal colocados. Aquel era el ordinario galopar de primera hora; todos buscaban sus cuadros, corrían á verse; luego estallaban las recriminaciones, los ruidosos é interminables furoros: que habían puesto el lienzo demasiado alto, que estaba mal de luz, que la vecindad mataba el efecto, que lo descolgarían y se lo llevarían. Había uno, sobre todo, alto, delgado, que se encarnizaba con Fagerolles, haciéndole correr de sala en sala, por más que éste se empeñaba en probarle su inocencia; nada podía hacer, se seguía el orden de los números de colocación, los cuadros de cada pared se hallaban dispuestos en el suelo, y luego se colgaban sin favorecer á nadie. Y llevó su bondad hasta prometerle que intervendría en su favor, cuando se reformara la distribución, después de haber conferido los premios; mas no por eso llegó á calmar al alto y delgado, que continuó persiguiéndole.

Un momento, Claudio atravesó por en medio de la multitud para preguntarle dónde habían metido su obra; pero su altivez le detuvo al verle rodeado de tanta gente. ¿No era aflictiva y necia aquella necesidad continua de ajeno apoyo? Por otra parte, ahora se le ocurría que debió de haber pasado por alto toda una hilera de salas de la derecha. Y en efecto, por aquel lado, había unas cuantas leguas de pinturas; desembocó en una sala, donde se ahogaba la gente, apiñada delante de un cuadro que ocupaba el centro de la testera. De pronto no pudo verlo; se lo impedía aquel

oleaje de hombros, la espesa muralla de cabezas, el antemural que formaban los sombreros. Todos se abalanzaban abriendo la boca admirados. Por fin, á fuerza de estirarse, sobre la punta de los pies, divisó la maravilla, conoció el asunto, por lo que de él le habían dicho.

Era el cuadro de Fagerolles. Volvía á encontrarse con su *Plein air* en aquel *Un Déjeuner*; la misma nota durada, la misma fórmula de arte; pero, ¡cuán suavizada, falsificada, echada á perder, con superficial elegancia, aderezada con infinita habilidad para satisfacer los bajos apetitos del público! Fagerolles no había cometido la falta de pintar sus tres mujeres, completamente en cueros; sólo que, con sus atrevidos tocados de cortesanas, las había desnudado, dejando que la una mostrara el seno, entre el encaje transparente de su corpiño, y que la otra enseñase la pierna hasta la liga, volviéndose, inclinada para pillar un plato, mientras la tercera no dejaba ver ni un dedo de su piel, con el vestido tan ajustado, que estaba excitante hasta la indecencia, mostrando su grupa de yegua. En cuanto á los dos galantes caballeros, con sus chaquetas de campo, eran modelo de distinción; á lo lejos, un ayuda de cámara tenía aún puesta la mano en la portezuela de un landó parado entre los árboles. Todo ese conjunto, los rostros, los trajes, la naturaleza muerta del almuerzo, brillaba alegremente al sol, bajo el verde sombrío del fondo; consistía la suprema habilidad en aquella fanfarronada de audacia, en aquella engañosa fuerza que conmovía á la multitud, sólo lo bastante y no más para pasmarla: una tempestad en un plato de crema.

No pudiendo avanzar, Claudio escuchaba las frases que se decían en torno suyo. Por fin, allí tenían uno que pintaba la verdad verdadera. Este no la exageraba como algunos artistas groseros



de la nueva escuela; y sabía exhibirlo todo, sin exhibir nada. ¡Ah, los matices, el arte de lo sobrentendido, el respeto al público, los sufragios de las personas de buen tono! Y con esto, ¡qué finura, qué hechizo, qué ingenio! El pintor no era de los que incurrían en el defecto de arrebatarse inoportunamente en fragmentos apasionados de una creación que desbordaba; no, cuando había acertado con tres notas tomadas del natural, ofrecía las tres notas, ni una más ni una menos. Llegó un gacetillero y quedó extasiado; dió con la frase: era una pintura parisiense. Todos la repitieron; ya no se pasaba por allí, sin declarar que el cuadro era muy parisiense.

Aquellos hombros levantados, aquellas admiraciones, subiendo como una marea, acabaron por exasperar á Claudio, y movido de la necesidad de ver las cabezas que componían el público que concedía los éxitos, dió la vuelta al grupo, é hizo lo que pudo para arrimarse á la obra. Desde allí lo veía de cara, bajo la luz cenicienta que filtraba á través del toldo del techo, oscureciendo el centro de la sala, mientras la luz viva, resbalando por los bordes de la gran pantalla, alumbraba los cuadros de las paredes, con una ráfaga blanquecina que daba al oro de los marcos los tonos calientes del sol. Desde luego conoció á los que le habían silbado la otra vez; si no eran los mismos, serían hermanos suyos: pero serios, extasiados, embellecidos con un velo de respetuosa atención. El gesto avinagrado de los rostros, la fatiga de la lucha, la bilis de la envidia estirando y amarilleando la piel, que había observado entonces, se suavizaban allí con la unánime satisfacción que les causaba el paladear una grata mentira. Dos señoronas muy gordas bostezaban de gusto con la boca abierta. Dos viejos abrían grandes ojazos, con ademán de inteligencia. Un marido explicaba

por lo bajo á su joven esposa el asunto; ella alzaba la barba con gracioso ademán. Los mara-villados se mostraban de mil modos: unos, contemplando la obra con beatitud, otros, sorprendidos, otros, profundos, alegres, austeros; sonrisas inconscientes, inclinaciones lánguidas de cabeza. Los sombreros de copa se alzaban á medias; las flores de las mujeres caían sobre las nuca; todos aquellos rostros se inmovilizaban un minuto, y luego eran empujados y reemplazados continuamente por otros parecidos.

En este punto, Claudio desfalleció, estupefacto delante de aquel triunfo. La sala parecía ya pequeña para contener la gente; nuevos grupos se apiñaban ante la obra, atraídos los unos por los otros. No se notaban ya en las salas los huecos de la primera hora, ni se percibían los fríos soplos del jardín, ni el olor á barniz errante todavía; se calentaba el aire, se impregnaba de los acres perfumes de las señoras. Y lo que dominó al cabo fué el tufillo de perro mojado; llovería fuera, caería algún chaparrón primaveral, porque los últimos que llegaban venían exhalando humedad, y los trajes pesados parecían humeantes en cuanto entraban en la calentada atmósfera de la sala. En efecto, por encima de la tendida tela del techo se deslizaban de cuando en cuando algunas manchas. Claudio alzó los ojos y vió galopar grandes nubes azotadas por el cierzo; trombas de agua azotaban los cristales de la claraboya. Ondulantes sombras recorrían las paredes; todos los cuadros se oscurecían, el público quedaba sumergido de pronto en tinieblas; hasta que, una vez hubo pasado la noche, vió surgir de aquel crepúsculo las cabezas con las mismas bocas abiertas, los mismos ojos redondos, embelesados.

Pero otra amargura esperaba á Claudio. Volvió la cara y vió, en la pared de la izquierda, el



cuadro de Bongrand, colateral con el de Fagerolles. Delante de él la gente no se apiñaba á empellones; todos desfilaban indiferentes. Y, sin embargo, la obra era el esfuerzo supremo, el último tiro en el blanco con que el gran pintor intentaba sorprender al público hacía tiempo; la última obra engendrada á impulsos de la necesidad que sentía el autor de probarse á sí mismo la virilidad de su ocaso. El odio que le inspiraba su *Noce au village*, su primera obra maestra, con la cual le abrumaron durante su laboriosa vida, le llevó á escoger el asunto contrario y simétrico: *L'Entrement au village*; el séquito del entierro de una doncella, desbandado entre un campo de centeno y avena. Luchaba consigo mismo; ahora verían si había agotado su ingenio, si la experiencia de sus sesenta años valía lo que la fogosa y feliz espontaneidad de su juventud. Y salía derrotada la experiencia; la obra iba á tener bien triste éxito: una de aquellas sordas caídas de viejo que ni siquiera detienen á los que pasan. Había en el cuadro algunos fragmentos del maestro de siempre; un monaguillo con la cruz, el grupo de las Hijas de María llevando el féretro, y cuyos blancos vestidos, pegados á la piel coloradota, contrastaban bellamente con el séquito endomingado y de negro entre la verde vegetación; pero, en cambio, el cura con sobrepelliz, la niña con la bandera, toda la obra era de factura seca, ingrata por lo muy estudiada, envarada, entorpecida por la obstinación. Se notaba en ella un retroceso inconsciente, fatal, al violento romanticismo, punto de partida del autor, allá en sus mocedades. Lo peor de la aventura era que la indiferencia del público se fundaba en el desprecio por aquel arte anticuado ya, por aquella pintura recocida y apagada, sin brillo, que ya no

le detenía al pasar, tras la boga de la pintura deslumbradora de luces.

Cabalmente Bongrand, con la perplejidad de un principiante tímido, entró en aquel punto en la sala, y á Claudio se le oprimió el corazón viéndole echar una mirada á su cuadro solitario, y otra al de Fagerolles, que amotinaba al público. En aquel momento, laceró de pronto al pintor la conciencia de su fin. Si hasta entonces le había devorado el temor de su lenta decadencia, era sólo como una duda; ahora le hería de golpe la ruda certeza, de la misma; se sobrevivía, su talento había muerto, nunca jamás engendraría obras vivientes. Palideció; hizo ademán de huir, cuando le vió el escultor Chambouvard, que entraba por la otra puerta con su ordinario séquito de discípulos, y en alta voz, y con tartajosa lengua, sin importársele nada de los presentes, le gritó:

— ¡Ah, tunante!... ¡le cojo á usted admirándose!

El había expuesto aquel año una *Segadora* maravillosa, una de aquellas estatuas estúpidamente malogradas, como nacidas de una apuesta, salidas de sus poderosas manos; mas no por eso parecía menos radiante, seguro de haber producido una obra maestra más, paseando su infalibilidad de dios por entre la multitud, cuyas risas no llegaban á sus oídos.

Sin contestar una palabra, Bongrand le contempló con ojos de fiebre:

— Y mi obra, ¿la ha visto usted abajo?... A ver, que vengan los chicos del día... Nosotros somos los buenos, ¡la vieja Francia!

En esto, se alejaba seguido de su corte, saludando al público sorprendido.

— ¡Animal!—murmuró Bongrand, ahogándose



de pena, airado como de una grosera ocurrencia de palurdo en una alcoba mortuoria.

Había divisado á Claudio, y se acercó á él. ¿No era una cobardía abandonar la sala? Quería dar muestras de su valor y de su grandeza de alma, en la cual nunca tuvo asiento la envidia.

—Pues señor, parece que el buen amigo Fagerolles obtiene un gran éxito... Mentiría si me extasiara delante de su cuadro, que no me gusta mucho; pero él es muy amable, eso sí... Luego, ya sabe usted que se ha portado muy bien con usted.

Claudio se esforzaba en hallar una frase de admiración para el *Enterrement*:

—El cementerio del fondo es precioso... ¿Es posible que el público?...

Con rudo acento, le interrumpió Bongrand:

—Amigo mío, déjese usted de lamentaciones... ¡Veo claro!

En aquel punto, alguien los saludó con gesto familiar, y Claudio conoció á Naudet, pero un Naudet engrandecido, engréido, dorado por el éxito de los colosales negocios que estaba maquinando. La ambición le volvía loco; hablaba de arruinar á los demás comerciantes en pinturas; había construído un palacio, donde se mostraba como rey del mercado, donde centralizaba las obras maestras, inaugurando los grandes almacenes del arte moderno. Desde el vestíbulo sonaba ya el retintín de los millones; organizaba exposiciones en su casa, aguardaba para mayo la llegada de los compradores americanos, á quienes vendía por cincuenta mil francos, lo que le había costado á él diez mil; y vivía con un tren de príncipe, mujer, niños, querida, tierras en Picardía, grandes cazas. Sus primeros millones provenían del alza de los muertos ilustres, renegados en vida: Delacroix, Courbet, Millet, Rousseau;

lo cual acabó por infundirle cierto desprecio por todas las firmas de pintores empeñados aún en la lucha. No obstante, corrían ya ciertos rumores de mal augurio. Como el número de las obras conocidas era limitado y el de los aficionados no podía aumentarse mucho, se acercaba el tiempo en que serían difíciles los negocios. Se hablaba ya de un sindicato y un acuerdo entre algunos banqueros para sostener el alza de los precios; en la sala Drouot se había echado mano de las subastas ficticias; cuadros comprados á precios muy subidos por el mismo comerciante; la quiebra parecía el término fatal de aquellas operaciones de Bolsa, la caída en forzados y mentirosos agios.

—Buenos días, querido maestro—dijo Naudet que había ido á su encuentro. ¿Qué tal? ¿Viene usted, como todos, á admirar mi buen Fagerolles?

No conservaba para Bongrand aquella actitud humilde, zalamera y respetuosa de otros tiempos. Estuvo hablando de Fagerolles como de un pintor suyo, de un obrero á sueldo, á quien con frecuencia echaba alguna reprimenda. El lo había instalado en la avenida Villiers, forzándole á alquilar un hotel, amuebládoselo como á una querida, haciéndole contraer deudas con la compra de tapices y chucherías, para tenerle á su merced. Ahora, empezaba ya á acusarle de falta de tacto, con lo cual se comprometía como muchacho atolondrado; ningún pintor serio hubiera enviado aquel lienzo al Salón; verdad que alborotaba; hasta se hablaba ya de la medalla de honor, pero nada peor para obtener luego precios muy subidos. Cuando se deseaba tener por clientela á los americanos, había que permanecer en casa, como un dios en el fondo del santuario.

—Amigo mío, créame usted, hubiera dado veinte mil francos de mi bolsillo porque esos necios



periódicos no metiesen tanto ruido con mi Fagerolles de este año.

Bongrand, que escuchaba bravamente, á pesar de lo que sufría, se sonrió:

—En efecto; quizás han llevado más allá de lo justo las indiscreciones... Ayer leí un artículo, por el cual he sabido que Fagerolles se desayunaba con un par de huevos pasados por agua.

Reíase de aquella ansia brutal de publicidad, que entretenía á París hacía más de una semana, con noticias sobre el joven pintor, tras un artículo de fondo en elogio de su obra, que nadie había visto todavía. Toda la pandilla de *reporters* se había puesto en pie de guerra; le desnudaban: su niñez, su padre el fabricante de objetos artísticos; dónde vivía, cómo vivía, hasta el color de sus zapatillas, hasta el hábito de tocarse la punta de la nariz. Era la pasión del día; el pintor en boga; había tenido la suerte de errar los ejercicios para la pensión en Roma, y de haber reñido con la Escuela, cuya factura conservaba; fortuna de un día que el viento se lleva y se trae; capricho nervioso de la histérica y loca ciudad; éxito de la aproximación, de la audacia gris perla, del accidente que conmueve á la multitud por la mañana, y cae á la tarde en la indiferencia general.

Pero Naudet acababa de fijar la atención en el *Enterrement au village*.

—¡Hola!... ¡el cuadro de usted! ¿Ha querido usted dar una pareja á la *Noce*?... Yo se lo hubiera quitado á usted de la cabeza... ¡Ah! ¡la *Noce*, la *Noce*!

Bongrand seguía escuchándole sin dejar de sonreír; sólo un imperceptible gesto de dolor plegaba sus temblorosos labios. Olvidaba sus obras maestras, la inmortalidad asegurada á su nombre, para fijarse tan sólo en la boga inmediata, sin esfuerzo, conseguida por aquel galopín indigno

de limpiarle la paleta, y empujándole hacia el olvido, á él que había luchado diez años antes de alcanzar notoriedad. ¡Ah, si supieran las nuevas generaciones cuántas lágrimas de sangre arrancan al infeliz muerto, cuando así le entierran!

Y como se callara, le sobrecogió el temor de haber dejado adivinar su pena. ¿Incurriría él en las bajezas de la envidia? Irguióle de nuevo la cólera contra sí mismo; forzoso era morir en pie. Y en lugar de la agria salida que se le subía á los dientes, dijo con la mayor familiaridad:

—Tiene usted razón, Naudet; mejor hubiera hecho en acostarme, el día que se me ocurrió la idea de ese cuadro.

—¡Ah!... él... ¡dispensen ustedes!—dijo el comerciante, que salió corriendo.

Fagerolles pareció en la puerta de la sala. No entró; se mostraba discreto, sonriente, sobrellevando su fortuna con el desenfado y garbo de un muchacho de talento. Por lo demás, buscaba á alguien; hizo una seña á un joven, y algo le dijo, favorable sin duda, porque el joven le dió un fuerte apretón de manos á la ventura. Otros dos se precipitaron hacia él para felicitarle; una señora le detuvo para llamarle la atención, con visajes de mártir, sobre una naturaleza muerta, colocada á la sombra de un rincón. Luego, desapareció, después de haber echado una sola mirada á la multitud extasiada delante de su obra.

Entonces, Claudio que no se había movido un punto, mirando, escuchando, sintió que la pena le inundaba el corazón. Iban siendo mayores los empujones y apreturas; sólo veía delante de él caras boquiabiertas y sudorosas; el calor era insoportable. Por encima de los hombros de los unos, otros y otros descollaban hasta la puerta, desde donde los que nada podían ver, señalaban



el cuadro con la contera de sus paraguas mojados por la lluvia de fuera. Y Bongrand permanecía allí por altivez, en pie, en medio de su derrota, plantado sólidamente sobre sus viejas piernas de luchador, y fija la franca mirada en el ingrato París. Quería morir como bueno, como hombre magnánimo. Claudio, que le hablaba sin obtener respuesta, comprendió perfectamente que, bajo la faz tranquila y sonriente, el alma se había ausentado, volado en alas de su duelo, ensangrentada por su atroz tormento; y sobrecogido de respeto mezclado de espanto, no insistió, se fué, sin que el mismo Bongrand lo advirtiera, mirando sin ver.

De nuevo, á través de la multitud, movió á Claudio una idea. Le dejaba embobado no haber podido encontrar su obra. Nada tan sencillo. ¿No había una sala donde el público se reía y bromeaba, donde se agrupaba chancero y burlón á injuriar un cuadro? Aquel sería el suyo, sin duda. Aún sonaban en sus oídos las risas del Salón de Recusados de antaño. Y en cada puerta, se ponía á escuchar, para oír si allí se reían de él.

Pero como se hallara en la sala del Este, el almacén donde agoniza el gran arte, el desván donde apilan las vastas composiciones históricas y religiosas, frías y sombrías, se estremeció de pronto, y se quedó inmóvil alzando los ojos. Dos veces había pasado por allí, y no lo había visto. Alto estaba su cuadro, allá arriba, tan arriba que no acababa de conocerlo, puesto como una golondrina, pequeñito, en un rincón, junto á un cuadro monumental de diez metros por seis, que representaba el Diluvio, y en el que se rebullía todo un pueblo amarillento, dando tumbos en un mar de heces de vino. A la izquierda, figuraba un lastimoso retrato de cuerpo entero de un general, color de ceniza; á la derecha, una

ninfa colosal en un paisaje lunar; el cadáver exangüe de una asesinada, que se podría sobre la hierba; y en torno, en todas partes, pinturas rosáceas, violáceas, tristes imágenes, hasta una escena cómica de frailes emborrachándose, hasta una apertura de la Cámara, con una página escrita sobre cartón dorado, donde las cabezas de los diputados conocidos estaban reproducidas con simples perfiles, y llevaban debajo el nombre. Y, allá arriba, entre estos pálidos vecinos, el cuadro, hartamente duro, resaltaba ferozmente con su dolorido visaje de monstruo.

¡Ah! *L'Enfant mort*, el miserable cadáver, parecía sólo á semejante distancia un amasijo de carne, la abortada osamenta de alguna bestia informe! ¿Era un cráneo, era un vientre, aquella cabeza de fenómeno hinchada y blancucha? ¡Y aquellas miserables manecitas que agarraban crispadas las sábanas, como contráctiles patas de un pájaro muerto de frío, y la misma cama, la pálida blancura de las ropas sobre la palidez de los miembros, toda aquella blancura triste, los tonos que se desvanecen, el postrer esfuerzo! Pero luego se distinguían los ojos claros y fijos, una cabeza de niño, un caso de enfermedad encefálica que inspiraba profunda y espantosa compasión.

Claudio se acercó, retrocedió para ver mejor. La luz era tan mala, que de todas partes se proyectaban sobre el lienzo movibles reflejos. ¡Cómo habían colocado á su Santiaguito! sin duda por desdén, ó por vergüenza, mejor, á fin de desembarazarse de su lúgubre fealdad. Con todo esto, Claudio lo evocaba, volvía á verlo, allá en el campo, fresco y rosado, cuando se revolcaba en la hierba; luego en la calle Douai, donde fué palideciendo poco á poco y paró en idiota; luego en la calle Tourlaque, cuando ya no podía con el peso de la cabeza, y moría por fin solo, mientras



dormía su madre; y la veía también, á la triste, que se había quedado en casa á llorar sin duda, como lloraba días enteros. No importa: bien había hecho en no ir al Salón; era demasiado triste el retrato de su Santiaguito, ya frío en la cama, echado á un lado como paria, tan maltratado por la luz, que la cara parecía reír con risa horrible.

Y á Claudio le hacía sufrir más todavía el abandono en que yacía su obra. La sorpresa, la decepción le forzaban á buscar con los ojos la multitud, los empellones que esperaba. ¿Por qué no le silbaban? ¡Ah! ¡aquellos insultos, aquellas burlas é indignaciones de antaño, que le desgarraron y le dieron vida!... No; ya nada; ni siquiera un salivazo al pasar: ¡la muerte! El público desfilaba rápidamente por la inmensa sala, sobrecojido de un calofrío de fastidio. Sólo delante del cuadro de la apertura de la Cámara, había alguna gente, un grupo que se renovaba, leyendo el rótulo y buscando las cabezas de los diputados. Sonaron algunas risas á su espalda, y volvió la cabeza; pero no eran de burla, sino de unos fulanos á quienes divertían los frailes borrachos, y soltaban algunas cuchufletas; aquel era el éxito cómico del Salón, que algunos caballeros explicaban á unas damas, declarándolo extraordinariamente ingenioso. Y toda esa gente pasaba por debajo de su niño, y ni uno solo levantaba la cabeza, ni uno solo sabía siquiera que se encontrase allí.

El pintor, sin embargo, tuvo una esperanza. En el diván central, dos personajes, uno gordo, otro pequeño, ambos decorados, estaban conversando, apoyados en el respaldo de terciopelo y contemplando los cuadros de enfrente. Se acercó y escuchó:

—Y los he seguido—decía el gordo.—Han echa-

do por la calle de Saint-Honoré, la de Saint-Roch, la de la Chaussée d'Antin, la de La Fayette...

—En fin, ¿les habló usted?—preguntó el pequeño, con profundo interés.

—No; he temido que iba á montar en cólera...

Claudio se fué, volvió por tres veces, palpitándole el corazón, cada vez que algún raro visitante se detenía y paseaba su mirada por la moldura del techo. Le irritaba enfermiza ansiedad por oír una palabra, una sola, que le diera algún indicio, que le hiciese conocer la opinión del público. ¿Por qué exponer?... ¿Cómo saber?... Todo, antes que esa tortura del silencio. Y se ahogaba, cuando vió acercarse un joven matrimonio; el marido, buen mozo, con bigotito rubio, la mujer encantadora, con el porte delicado y endeble de una pastorcilla de porcelana de Sajonia; ella había divisado el cuadro, y quería saber el asunto, sorprendida de no comprender qué era, y cuando su marido, hojeando el catálogo, encontró el título: *L'Enfant mort*, tiró del brazo á su esposo, estremeada, gritando con espanto:

—¡Qué horror! ¿Cómo la policía permite semejante atrocidad?

Entonces, Claudio permaneció allí, en pie, inconsciente, ensimismado, con los ojos fijos en el aire, entre el continuo rebaño de la multitud que trotaba indiferente, sin echar una sola mirada á aquel objeto sagrado y único, sólo para él visible; y allí, entre aquellos codazos, fué donde Sandoz acabó por encontrarle.

Errante como un soltero, y habiendo dejado á su mujer en casa, junto á su madre enferma, Sandoz se había detenido, con el corazón desgarrado, bajo el cuadrito, que vió por casualidad. ¡Ah, qué compasión! ¡qué disgusto de esa miserable vida! Volvió á ver de golpe su juventud, el colegio de Plassans, las largas escapatorias á